

En la relación entre mística y autoridad religiosa corresponde un panel decisivo al punto siguiente: en los casos en que la autoridad religiosa se encuentra depositada en escritos sagrados, en documentos con carácter revelatorio, no plantea la cuestión de como se comporta la mística frente a tal autoridad histórica. El problema que aquí se presenta tendría de por sí volumen suficiente para optar a la totalidad del espacio de la presente exposición. Pero no es necesario que me extienda demasiado, ya que en la obra de Goldziher (1920) sobre la interpretación islámica del Corán, e igualmente en la de Henry Corbin sobre la gnosis ši'í e isma'ilí se ha hablado con claridad absoluta de él¹⁶⁹, y yo mismo lo he sometido a un detallado análisis en relación con la mística judía¹⁷⁰.

Lo que ocurre en el encuentro del místico con los escritos sagrados de su tradición es, en resumen, lo siguiente: la refundición del texto sagrado y el descubrimiento de nuevas dimensiones en él. Con otras palabras: el texto sagrado pierde su forma propia y adopta a través de los ojos del místico una forma nueva. Inmediatamente se nos plantea aquí el problema del sentido como problema central. El místico trasforma el texto sagrado, y el momento decisivo de esta metamorfosis consiste precisamente en que la dura letra, la en cierto modo unequivoca y univalente letra de la revelación es provista de *infinitos* sentidos. La palabra acreedora al sùmmum de autoridad es objeto de interpretación, se abre y va dócilmente al encuentro de la experiencia del místico. A través de ella se hace patente un interior de infinitas posibilidades, en el cual se van desvelando paulatinamente nuevos planos de sentido. Un místico jasídico, rabí Pinjas de Koretz, ha expresado esto con precisión al traducir literalmente la fórmula hebrea *rabbi Šim'ón pataj*, ('rabí Sim'ón *inició* [su lección con el versículo...]'), con la cual se inician siempre en el *Zóhar*, —el libro sagrado de los cabalistas— las interpretaciones místicas de las Escrituras y los comentarios de rabí Šim'ón bar Yohay, de la manera siguiente: «rabí Sim'ón *abrió* el versículo...». El carácter sagrado de los textos radica precisamente en su aptitud para tales metamorfosis.

La palabra de Dios tiene que ser infinita, o, en otros términos, la palabra absoluta carece aún de un significado sí, pero este preñada de él. Se va desplegando en infinitos planos de sentido, en los cuales adopta, desde el punto de vista humano, el aspecto de figuras finitas y comprensibles. Con ello se expresa el esencial *carácter de clave* que corresponde a la exégesis mística. La *nueva* revelación que le ha sido otorgada al místico se presenta como *clave* de la revelación. Aún más: la clave puede perderse pero siempre queda el impulso infinito que acucia a buscarla. Este no es sólo la situación en la cual los escritos de Franz Kafka nos presentan los impulsos místicos, por así decir, reducidos al grado cero, y aun en el grado cero mismo, en el que parecen desaparecer, conservan una infinita eficacia. Es ya la situación de los místicos talmúdicos del Judaísmo, tal como uno de ellos la describió genialmente hace mil setecientos años en forma anónima y en un lugar desconocido. Orígenes nos dice en su comentario a los Salmos que un sabio «hebreo» —probablemente un miembro de la academia rabínica de Cesarea— le explicó que las Sagradas Escrituras se asemejan a una gran casa con muchísimos aposentos, y que delante de cada aposento se encuentra una llave, pero no la que conviene. Las llaves de todos los aposentos están cambiadas, y la difícil y al tiempo importante tarea consiste en

¹⁶⁷ Gershom Scholem es uno de los más importantes académicos judíos, que ha estudiado en profundidad el Misticismo judío (Cabalá).

¹⁶⁸ Gershom Scholem, *La Cábala y su simbolismo*, Siglo XXI Editores, México, ¹²2001, pp. 11-16.

¹⁶⁹ Cf. el trabajo anteriormente citado de H. Corbin.

¹⁷⁰ Cf. el capítulo siguiente.

encontrar la llave adecuada¹⁷¹. Esta parábola, que enlaza ya la situación kafkiana con una tradición talmúdica en pleno desarrollo, sin ser juzgada en absoluto de manera negativa, nos puede dar una idea en último término de lo profundamente enraizado que está el mundo kafkiano en la genealogía de la mística judía. El rabí cuya parábola tanto impresionó a Orígenes¹⁷² está aún en posesión de la revelación, pero sabe que ya no cuenta con la clave adecuada, y está buscándola.

Una formulación diferente de esa característica de la Torá como clave se halla ampliamente extendida en los escritos de la Cábala luriánica¹⁷³. Cada palabra de la Torá posee seiscientos mil «rostros», planos de sentido o entradas, según el número de los hijos de Israel que se encontraban reunidos en el monte Sinaí. Cada rostro sólo es visible y descifrable por uno de ellos. Cada uno está en posesión de una propia e inconfundible posibilidad de acceso a la revelación. La autoridad ya no constituye el «sentido» unilateral inconfundible de la comunicación divina, sino que es muestra de su plasticidad infinita. También dentro de la relación mística con respecto al texto sagrado son fácilmente perceptibles dos actitudes posibles, una conservadora y la otra revolucionaria. La actitud conservadora reconoce plenamente la validez de la coherencia histórica y objetiva del sentido que mantienen textos como la Torá o el Corán sin ninguna clase de limitación temporal. De este reconocimiento, del mantenimiento de la autoridad tradicional en el tiempo derive para él una libertad casi ilimitada en su relación con la escritura —la cual nos sorprende con frecuencia en la literatura de los místicos—, una libertad incluso desesperada, como en la parábola del palacio con las llaves cambiadas. El reconocimiento del sentido inmodificablemente válido de la autoridad tradicional es el precio que paga la exégesis del místico por su transformación del contenido de los textos. Mientras no se sobrepasen los límites de este marco se mantiene estable el equilibrio entre los momentos estático y dinámico de este tipo de místico, o incluso se podría decir con más propiedad: una tensión fructífera. La increíble libertad con que el Maestro Eckhart, el autor del *Zóhar* o los grandes místicos sufíes leen sus textos canónicos, de los cuales parecen ellos construir a posteriori un mundo propio, es fascinante incluso para el lector actual de tales textos. Frente a esto, la postura revolucionaria se da, no obstante, inevitablemente, aun si se reconoce como autoridad el mismo libro sagrado, cuando el místico rebasa el marco del sentido de la palabra, de tal modo que queda suprimido. Esta supresión, entreverada de reconocimiento simultáneo e ininterrumpido de la autoridad, es posible gracias a que se considera como no existente —o al menos temporalmente condicionado— el sentido literal, de forma que su lugar ocupado por la interpretación mística.

La historia religiosa del judaísmo nos ofrece dos ejemplos clásicos de ambas posibilidades de relación con el texto sagrado en los tiempos posteriores a la conclusión del canon bíblico. Me refiero a la actitud de los autores de los textos exegéticos en los rollos del mar Muerto —probablemente anteriores a Cristo— y a la de San Pablo. No está muy claro si se debe o se puede interpretar los rollos del mar Muerto —estrictamente hablando— como testimonios de una actitud intelectual mística. La incertidumbre en la interpretación de estos textos, y más precisamente del elemento religioso personal que contienen, por el momento tan grande que parece hallarse lejana todavía una solución decisiva¹⁷⁴. Pero si se confirmara la hipótesis de

¹⁷¹ Orígenes, *Selecta in Psalmos* (sobre el Salmo I), en Migne, *Patrologia Graeca*, vol. 12, col. 1080. Este importante pasaje ha sido subrayado por I. F. Baer en su artículo en hebreo en *Zeta*, 21 (1956), p. 16.

¹⁷²¹⁷² Orígenes califica esta parábola de «enseñanza sobremanera rica en contenido intelectual».

¹⁷³ Cf. las explicaciones pertinentes en el próximo capítulo.

¹⁷⁴ La tersura y riqueza expresiva de las traducciones de estos textos se halla a veces en relación inversa a la dureza de estilo y a la oscuridad de los originales hebreos. El brillo propio de los himnos místicos que distingue, por ejemplo, a la magnífica traducción de uno de los más importantes de estos textos en *The Dead Sea Scriptures*, de Theodor H. Easter, Nueva York. 1956, pp. 109-202, es adecuado para provocar admiración del cualquier lector del original hebreo.

que en el caso de los jefes de estas sectas tenemos que habérmolas con místicos (y no simplemente con reformadores conservadores), entonces esta literatura nos ofrecería un excelente ejemplo —y además el más antiguo— de una actitud conservadora frente al texto sagrado, acompañada al tiempo de una gran libertad en la exégesis que la situación histórica y anímica de los miembros de esta secta redescubre y obtiene en dichos textos. Aun si los himnos que expresan la religión personal de tal comunidad —o quizá de uno de sus jefes— estuvieran en relación con iluminaciones místicas y recibiesen de ellas su impulso final, el mundo de estos creyentes quedaría completamente encerrado en el marco de la autoridad tradicional, permanecería estrictamente conservador incluso en los casos en que se producen verdaderas transformaciones. No se puede hablar de abrogación de autoridad cuando el verdadero fin perseguido es más bien el nuevo asentamiento de aquélla en toda su rigidez.

Una cosa muy diferente ocurre con S. Pablo, el ejemplo más eminente que conocemos de mística judía revolucionaria. San Pablo tuvo una experiencia mística cuya interpretación le condujo a violentar totalmente el armazón de la autoridad transmitida. Se encuentra con que no le es posible conservarla; pero como al mismo tiempo no quiere renunciar al carácter de autoridad de la Sagrada Escritura como tal, se ve obligado a explicarla como limitada en el tiempo y, por ello, abrogable. Una exégesis puramente mística de la antigua palabra viene a sustituir a la estructura original, y pasa a fundamentar entonces la nueva autoridad religiosa que él se sentía llamado a levantar. El choque del místico con la autoridad religiosa se produce en él con toda su fuerza. La increíble violencia con la que San Pablo lee el Antiguo Testamento, podríamos decir, «a contra corriente» nos muestra no solamente hasta qué punto su experiencia era inconciliable con la del sentido de los antiguos textos, sino también la constante firmeza con que persiste en no obstruir la relación con el texto sagrado, aunque sea sólo por medio de exégesis puramente místicas. El precio es la paradoja del texto sagrado totalmente violentado que sorprende una y otra vez al lector de las epístolas de San Pablo. La nueva autoridad que aquí surge, a la cual sirven de texto ahora las mismas cartas de San Pablo, es de naturaleza revolucionaria. Se aparta de la que existía con carácter establecido en el judaísmo porque ha encontrado otra fuente, pero se sigue invistiendo con una parte del mundo simbólico de la antigua autoridad, ahora disuelta en pura espiritualidad.

Lo que importa es que el místico reencuentra su experiencia en el texto sagrado. Con frecuencia es difícil distinguir si ésta le brota al místico espontáneamente del mismo texto o si es él el que la introduce allí. La genialidad de una exégesis mística consiste en la enorme precisión con que ella misma lleva a cabo la apertura de la escritura hacia un *corpus symbolicum* a partir de un texto literal. Cuanto más precisa sea esta exégesis mística tanto más grandes serán las posibilidades de reconocimiento duradero de un texto así transformado aun en su sentido literal, el cual no constituye sino la puerta por la que penetra el místico, si bien una puerta que él siempre se deja abierta. En una célebre exégesis del *Zóhar* sobre el Génesis (12:1) se expresa con suma concisión esta postura del místico. La Palabra de Dios a Abraham *Lej lejá* ('ve-te') no quiere decir solamente en su sentido literal «ponte en marcha», es decir, no sólo está en relación con la peregrinación de aquel que se interna en el mundo por orden de Dios, sino que también se puede leer en su literalidad mística como «ve hacia hacia ti», hacia tu propio yo.